

Calibrar la tercera vía

Revista Credencial

“A la Tercera Vía no hay que relanzarla porque, de una u otra forma, ha seguido vigente. A la Tercera Vía tal vez hay que calibrarla”.

Con esas palabras al final de su discurso en la Cumbre de la Tercera Vía en Cartagena, el Presidente Santos nos ha formulado a todos el interesante desafío de trascender los debates electorales para focalizar el diálogo en la búsqueda colectiva de mejores soluciones a los problemas concretos que enfrenta Colombia. “Calibrar” la Tercera Vía no significa dejar atrás los valores imperecederos que la han moldeado desde siempre, como la inclusión social, la solidaridad, la eficiencia y transparencia en la gestión pública y el crecimiento económico con impacto en el bienestar de la comunidad. Significa, a nuestro modo de ver, asimilar las experiencias de la década pasada en el mundo y encontrar así nuevas oportunidades para garantizar en nuestro caso que esos valores no sean antagónicos sino complementarios. Es imprescindible entonces participar en el debate, planteando porque lo que se conoce como Tercera Vía bien podría ser el faro propicio para las transformaciones que se deben producir en Colombia en los próximos años.

Usualmente se reduce la Tercera Vía a la conocida noción de *mercado hasta donde sea posible, Estado hasta donde sea necesario*. Más allá de la consigna, lo importante es destacar que una de las lecciones que nos depara la historia reciente es que no puede haber desarrollo y prosperidad, sin un delicado balance entre mercado y Estado. Ni la supremacía del libre mercado ni la planificación centralizada mejoran la vida de la gente, que es el fin último de la acción política y económica. Tanto el mercado como el Estado tienen que ser compatibles, y por ello se ha desplegado con mucho éxito en otras latitudes la noción de economía social de mercado. Cada país que ha logrado ese difícil balance, sin que

importe mucho el rotulo con el que ha bautizado sus políticas (Third Way en Reino Unido, Die Neue Mitte en Alemania, Gobierno de la Concertación en Chile etc.), ha logrado indiscutibles avances en el bienestar y el progreso de sus ciudadanos. Cinco de los ex presidentes más prestigiosos del mundo así lo atestiguaron el pasado martes en Cartagena , en una cumbre de alto significado para Colombia

Es posible que una mejor regulación de los mercados financieros en el mundo hubiera podido contribuir a prevenir con mayor celeridad la codicia y la falta de escrúpulos que causó la crisis del 2008, pero ello no implica que se haya desvirtuado la premisa fundamental de las posturas progresistas que muchos denominan como Tercera Vía. Implica la lección de que es necesaria una mayor presencia estatal en las instituciones de Bretton Woods para evitar lo que muchos llaman capitalismo de casino. Sin embargo, y a la luz de los resultados y de una perspectiva más amplia, cobra hoy más vigencia que nunca el planteamiento que hicieron hace unos años Tony Blair y Gerhard Schröder en un ensayo en común, en el que resaltaban que *“la función de los mercados debe ser complementada y mejorada por la acción política, pero no obstaculizada por ella”*.

Es indiscutible, en consecuencia, que la buena salud de los mercados y la economía es un pilar fundamental de la acción política eficaz. En Colombia ha sido rentable apostarle a la eficiencia económica porque, al garantizar mayor estabilidad y mejores condiciones para los empresarios, el país ha logrado reducir la pobreza y el desempleo y materializar paulatinos avances en materia de integración social. Así como nadie puede negar las conquistas, tampoco se puede negar lo mucho que falta, y es por eso que nos corresponde ahora dar el siguiente paso, para lo cual se pueden mencionar algunas ideas que contribuyan con el debate de una Tercera Vía para Colombia :

En primer lugar, debemos tener una mayor apertura mental en las vías y los métodos que se pueden llevar a cabo para cumplir propósitos comunes. La Tercera Vía impone la necesidad de lograr acuerdos esenciales entre todos los sectores del país sobre una agenda común de reformas. Las inaplazables necesidades de convergencia exigen un trabajo de concertación que trascienda a los miembros del partido, de la ideología o del grupo político o

empresarial o gremial en el que cada quien está inmerso. Por eso, cuando se pide cambiar la cultura del desencuentro por la del encuentro, como lo hizo recientemente el Presidente del BID, Luis Alberto Moreno, se está promulgando un postulado esencial de la Tercera Vía. Es imperativo seguir la senda de países como Chile, en donde, bajo el liderazgo del ex presidente Ricardo Lagos, se escogieron ocho sectores en los que el país podía ser competitivo gracias a gran un consenso entre académicos, sector público y sector privado. Se hizo así una apuesta selectiva en el marco de una estrategia nacional de productividad que debe ser emulada por Colombia, especialmente en el contexto actual del proceso de paz. Una Tercera Vía para Colombia estriba, más que todo, en abrir espacios de convergencia que rompan con la polarización vigente y se traduzcan en la suscripción de una hoja de ruta como base fundamental y vinculante de reformas específicas encaminadas a la resolución de los principales desafíos estructurales. Es una necesidad patente en nuestro país, en donde se sigue reproduciendo la paradoja de estar suscribiendo (afortunadamente) acuerdos con los enemigos de las instituciones, sin poder llegar a consensos entre los mismos defensores del modelo institucional actual.

De hecho, y a partir de una revisión pormenorizada de los avances del proceso de paz, podremos constatar hasta dónde son importantes los consensos, máxime en los esquemas de paz territorial en los que se ejecutarán los acuerdos suscritos en La Habana. Es otra lección que nos deja la historia: lo más complejo de un acuerdo de paz no es su suscripción sino su implementación. La paz no se proclama...se construye colectivamente.

Resulta difícil soñar con una paz duradera y una reconciliación verdadera si los pobladores de zonas rurales no encuentran nuevas y mejores oportunidades de trabajo y progreso. La evidencia indica que nuestra guerra está estrechamente vinculada con el atraso rural. Es por eso que de la implementación efectiva de las vocaciones productivas regionales, o de lo que podríamos denominar como descentralización territorial de la prosperidad colectiva, depende la evolución favorable del posconflicto. Múltiples expertos en economías emergentes como la colombiana advierten que las verdaderas oportunidades para el progreso están en sectores en los que las regiones de Colombia tienen

grandes fortalezas ya diagnosticadas hasta la saciedad, como la agroindustria o la minería responsable o el turismo, para citar tan solo unos ejemplos.

No obstante, sólo podremos materializar esos objetivos si, fruto de consensos específicos entre todos los sectores involucrados, y con el respaldo de los vitales recursos de las regalías, avanzamos en una estrategia nacional y regional de productividad e innovación. Ya lo sabemos: la peor receta posible es la de esperar que sea únicamente el Gobierno el que implemente las reformas que se requieren. Persiste actualmente una gran desarticulación entre el sector público, los empresarios, los gremios, la sociedad civil y la academia. Cada uno de ellos trabaja en alguna medida en forma independiente, acorde con sus propias necesidades y objetivos. Con base en el proceso ya finalizado de identificación de las iniciativas y vocaciones estratégicas para impulsar el desarrollo regional, el desafío más importante ahora es el de trabajar en forma colectiva y articulada para fortalecer las apuestas productivas resultantes.

Lo propio cabe decir de las alianzas público privadas: los lastres de la ideología les han impedido a muchos entender las ventajas de esta modalidad a la hora de solucionar problemas complejos como los de la educación, la justicia, la vivienda o la infraestructura. La Tercera Vía no nos pide que pongamos en duda ideales como la equidad o la solidaridad; lo que nos reclama es que nos cuestionemos sobre la forma más efectiva para garantiza el cumplimiento de tales ideales. Trazar las estrategias al respecto es competencia exclusiva del gobierno, pero a la hora de su ejecución ya sabemos que en muchos casos lo mejor es contar con el concurso de empresarios, gremios, universidades y redes comunitarias.

De lo anterior se desprende que la materialización de la Tercera Vía no puede concebirse sin la necesidad de mayor eficiencia en la gestión pública para el bienestar. Salir adelante en el contexto de la globalización requiere de un Estado que ponga en el centro de su acción la lucha contra la pobreza y la desigualdad, sin que, como lo menciona frecuentemente el ex presidente Lagos, ese foco sea a expensas del resto de la sociedad. De un Estado que le apueste con mayor vehemencia al capital humano y a la innovación. Las nuevas circunstancias exigen hoy, por ejemplo, que todos los menores estén matriculados en colegios y universidades bien administradas, con buenos maestros y con currículos modernos que incluyan las nuevas tecnologías. Basta

con mirar una y otra vez el modelo de la Educación Dual en Alemania, a partir de la cual no solo los alumnos desde temprana edad cultivan sus vocaciones preferentes, sino que las regiones promueven la gran convergencia entre los centros educativos, la grande, pequeña y mediana empresa y los centros de investigación aplicada.

Hablamos, en suma, de instituciones estatales fuertes y eficientes, tanto a nivel nacional como regional y local, sujetas siempre al control ciudadano, y no de un Estado de paquidérmicas burocracias que menoscaban la confianza de los ciudadanos en el sistema democrático, que es lo que el ex presidente Fernando Henrique Cardoso denomina como "utopía regresiva". De un Estado que sabe preservar otro delicado balance, el de los derechos y las responsabilidades, y que por eso abre los espacios para que todos puedan tener un mayor protagonismo en la resolución de los desafíos actuales. Por ende, la invitación del Presidente Santos para "calibrar" la Tercera Vía en Colombia demanda, ante todo, compartir un amplio sentido de las posibilidades que podemos alcanzar cuando las ideologías no se atraviesen en el camino del pragmatismo, el sentido común y los valores democráticos. Estoy convencido que el país necesita ahora más que nunca de un referente conceptual para poder gestionar las labores que se le demandan al Estado y para poder salirnos de una vez por todas del debate pandito de la campaña anterior.